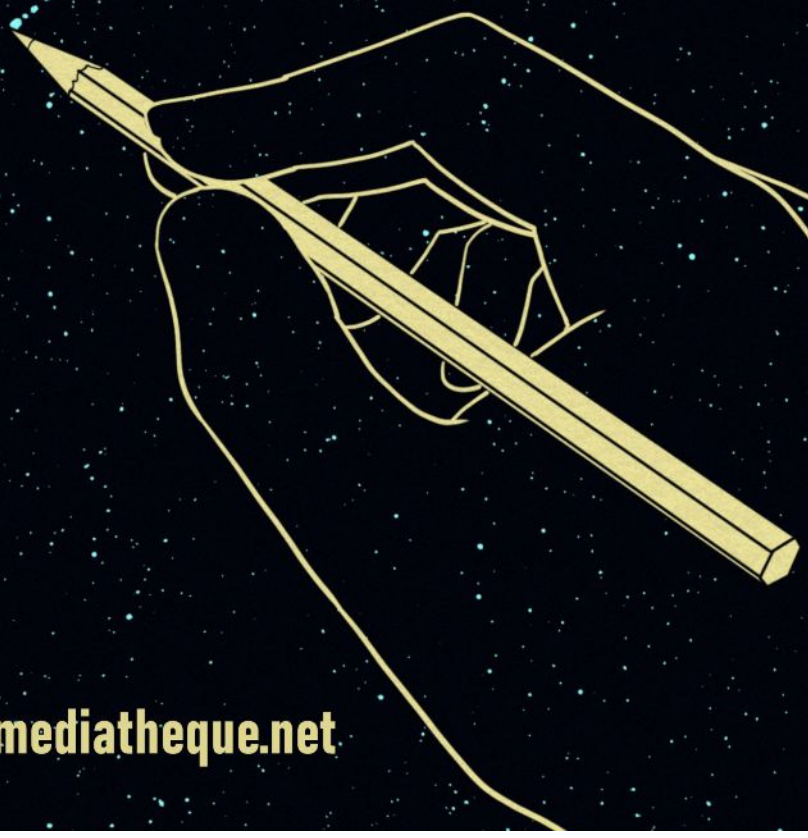
La Comédiathèque

Todo menos un Bestseller

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Todo menos un bestseller

Jean-Pierre Martinez

En una pequeña librería se prepara una sesión de firmas. Carlos, por fin, se ha decidido a publicar su primera novela. Todo apunta a que no será precisamente un éxito de ventas. Pero, en la era de internet, nunca se sabe: los milagros todavía existen…

Personajes
Carlos: el autor
Margarita: su mujer
Federica: su hija
Vicente: su yerno
Kevin (o Karla): su nieto (o su nieta)
Catalina: su hermana
Alicia: la librera
Gerardo: el desconocido
Alan (o Alina): su antiguo compañero de trabajo
Flora (o Florencio): la periodista (o el periodista)
Jaime: concejal del Ayuntamiento
Paula: la clienta

12 personajes.
Algunos personajes pueden ser tanto masculinos como femeninos.
Distribuciones posibles – 7H/5F – 6H/6F – 5H/7F – 4H/8F

© La Comédiathèque

Una librería. Al fondo, unas estanterías. A un lado, una mesa con un pequeño bufé; al otro, una mesa más pequeña sobre la que hay una pila de libros. Carlos, el autor, un hombre elegante de unos sesenta años, entra con unas copas en la mano. Lleva camisa blanca y chaqueta.

Carlos – ¿No bastarán estas copas? Tampoco vendrá tanta gente…

Alicia, la librera, una mujer de unos cincuenta años, entra con una garrafa de gasolina en la mano. Es atractiva, pero su ropa demasiado austera y su moño no la favorecen.

Alicia – Para empezar, no son simples copas, sino flautas de champán. Me sorprende que un hombre de letras como usted sea tan poco preciso con el vocabulario…

Carlos – Como tampoco creo que esto sea champán de verdad…

Alicia – Lo siento, nuestro presupuesto de promoción todavía no da para Dom Pérignon.

Carlos – Como suele decirse, lo importante no es lo que se bebe, sino la alegría que nos da… *(Repara en la garrafa que lleva Alicia.)* Pero no pensará servirles gasolina sin plomo, ¿verdad? Entonces más vale prohibir que fumen…

Alicia – Es sidra…

Carlos – ¿Sidra?

Alicia – Sin alcohol, por supuesto.

Carlos – Ah, sí… Sidra sin alcohol… Creo que la última vez que la bebí fue en el cumpleaños de mi nieto.

Alicia – Por lo menos, si alguno tiene un accidente de vuelta a casa, no podrán acusarnos de haberlo emborrachado.

Carlos – Admiro su optimismo… Pero ¿por qué la trae en una garrafa de gasolina?

Alicia – Es un poco difícil de explicar… *(Carlos la mira, esperando.)* Digamos que la compré a granel a un amigo que trabaja por las mañanas en un supermercado barato y por las tardes en una gasolinera…

Carlos – Ah, claro… Ahora lo entiendo todo…

Alicia – Dice que está buenísima… Y, si no es tan buena como el champán, beberán menos. Al fin y al cabo, estamos aquí para celebrar que ha publicado su novela, no para emborracharnos.

Carlos – De todos modos, yo no dejaría la garrafa encima del bufé…

Alicia – Tiene razón. Tengo unas botellas de champán vacías en la cocina…

Alicia va a la cocina y vuelve con varias botellas de champán vacías. Con ayuda de un embudo, empieza a llenarlas con la sidra de la garrafa.

Alicia – Con un embudo no se derrama ni una gota.

Carlos – Está usted en todo… Espero que también haya enjuagado bien la garrafa. El sabor a gasolina cuesta mucho quitarlo, ¿sabe?

Alicia – Tiene razón… Le pondremos un poco de jarabe de grosella.

Carlos – Buena idea. Con jarabe entrará mucho mejor.

Alicia – Parece que estoy preparando cócteles molotov… Me recuerda a mi juventud…

Carlos – Vaya… Hay un capítulo de su vida del que nunca me ha hablado…

Alicia – Ya se lo contaré otro día. Los invitados estarán al llegar…

Carlos – ¿De verdad cree que vendrá alguien?

Alicia – Y, si no viene nadie, ahogaremos las penas en sidra sin alcohol…

Carlos – Prefiero beber sidra adulterada con usted que el mejor champán con cualquier otra persona.

Alicia – ¿Incluso con su esposa, Carlos?

Carlos vacila un instante, pero prefiere cambiar de tema y coge algo de un cuenco.

Carlos – Estos cacahuetes tienen un sabor raro…

Alicia – Son granos de maíz tostado. Salían más baratos… Pero están igual de buenos, ¿no?

Carlos – En ese caso… ¡Que comience la fiesta!

Entra Kevin, que ronda los dieciocho años.

Carlos – ¡Ah, hola Kevin!

Kevin – Hola, abuelo. ¿Cómo va todo?

Carlos – Alicia, le presento a mi nieto. Él me inició en esto de la sidra sin alcohol hace unos años… Aunque quizá ya lo conozca…

Alicia – Pues nunca he tenido el placer de verlo por esta librería…

Carlos – Creo que Alicia te está mandando un mensaje subliminal, Kevin.

Kevin – ¿Subliminal?

Carlos – Procuro utilizar una palabra poco corriente cada día cuando hablo con él, a ver si consigo ampliar su vocabulario más allá de doscientas palabras… Lo que Alicia quería decir con esa indirecta tan sutil, Kevin, es que no sueles abrir un libro muy a menudo…

Alicia – Qué quiere que le diga… Hoy en día, muchos jóvenes solo pisan una librería una vez al año, para comprar los libros del instituto. Como Cervantes no esté en la lista de lecturas obligatorias, llegan a la universidad convencidos de que es un futbolista o un youtuber.

Carlos – ¿Un youtuber?

Kevin – No use palabras tan difíciles con él, señora… Pero, abuelo, parece que no hay mucha gente en tu sesión de firmas…

Alicia – Vendrán, no te preocupes…

Kevin – ¿Has creado un evento?

Carlos – ¿Un evento?

Kevin – ¡Un evento en Facebook!

Carlos – ¿Para qué?

Kevin – ¡Para invitar a tus amigos!

Carlos – ¿Mis amigos?

Kevin – ¿Cuántos amigos tienes?

Carlos – No lo sé… ¿Amigos de verdad? Dos o tres…

Kevin – Ah, entiendo…

Alicia – Solo enviamos algunas invitaciones…

Carlos – También a la familia, por supuesto. Por correo.

Kevin – Invitaciones para la familia… Como si fuera un entierro, ¿no?

Alicia – ¡Más bien un bautizo! Al fin y al cabo, este libro es como un hijo para usted, Carlos…

Kevin – Pero cuando dices por correo… ¿quieres decir por correo electrónico?

Carlos – ¡Por el correo postal!

Kevin – De acuerdo… Ambiente vintage, entonces.

Alicia – Y también colgamos un cartel en el muro, claro.

Kevin – El muro de Facebook.

Carlos – ¡El muro de la librería!

Kevin – Claro…

El teléfono móvil de Kevin suena y él responde.

Kevin – ¿Sí? *(Apartándose.)* Hola, Max… No, estoy aquí con mi abuelo… No, con ese no. El que conocías murió hace tres meses. Con el otro, el que ha escrito sus memorias, ya sabes…

Carlos *(poniendo los ojos en blanco)* – Mis memorias…

Alicia – Usted es demasiado joven para escribir sus memorias, ¿verdad?

Kevin *(a Carlos)* – Paso más tarde, ¿vale, abuelo?

Carlos – Insiste en llamarme abuelo, no sé por qué.

Alicia – Le sienta bien…

Kevin *(a su interlocutor telefónico)* – ¿Quién, Karim? ¿No? ¿Ah, sí? ¡Qué bien…! Ah, por cierto, ¿te hablé de mi nueva aplicación?

Sale. Carlos y Alicia intercambian una mirada desolada.

Carlos – A veces me pregunto si vivimos en el mismo planeta, mi nieto y yo…

Alicia – A veces me pregunto si el planeta en el que vivimos usted y yo todavía existe.

Llega Margarita, la mujer de Carlos, una cincuentona radiante.

Alicia – Ah, Margarita…

Carlos – ¡Eres la primera! Qué detalle…

Margarita – Hola, Alicia. Solo puedo pasar un momento. Aún me quedan dos o tres clientas en la peluquería. *(A Carlos.)* Te dije que te pasaras esta mañana. ¡Mírate! Podría haberte arreglado el pelo. Imagínate que te hace una foto la periodista de La Gaceta…

Carlos – Lo siento, no he tenido tiempo. Acabamos de terminar los preparativos. Además, tampoco quiero parecer un presentador de televisión…

Margarita – Entre nosotras, Alicia, tú también deberías haber venido a verme…

Alicia – ¿Cree que estoy mal peinada?

Margarita prefiere no responder.

Margarita – Entonces, ¿todo está listo?

Alicia – Por poco tenemos que suspenderlo todo. Los libros han llegado hace apenas una hora, ¿se imagina?

Margarita – ¿Habéis contratado un servicio de catering?

Alicia – No, hablaba de la imprenta… Imagine una sesión de firmas sin el libro del autor…

Margarita – Ah, claro… Pensé que estabas hablando de los aperitivos…

Alicia – Entonces, ¿qué opina?

Margarita – ¿Del bufé?

Alicia – ¡Del libro de su marido! Supongo que usted habrá sido la primera en leerlo…

Margarita – Pues preferí reservarme la sorpresa… Además, tiene una letra horrorosa. Cuando escribe a mano, quiero decir. Es como mi médico: nunca consigo descifrar lo que pone en las recetas. ¡Imagínese todo un manuscrito! Menos mal que los farmacéuticos no escriben novelas… Bueno, perdonadme, tengo que volver. Cierro la peluquería y vengo, ¿vale?

Carlos – Muy bien, hasta luego entonces…

Ella sale.

Alicia – ¿Usted también cree que llevo mal el pelo?

Carlos – Pero si lleva el peinado de siempre, ¿no?

Alicia – No sé muy bien cómo tomarme eso… En fin, iré a arreglarme un poco antes de que lleguen los invitados. ¿Puede quedarse un momento a cargo de la librería?

Carlos – Claro.

Alicia – Aproveche para repasar su discurso.

Carlos – ¿Mi discurso?

Alicia – Habrá preparado unas palabras, ¿no?

Carlos – ¿Qué tipo de intervención?

Alicia – Como en los Óscar: «Gracias a mi mujer, a mi editor…».

Carlos – ¡Pero si no tengo editor! Se está burlando de mí, ¿verdad?

Alicia – Ya ha oído a su mujer. Va a venir la periodista de La Gaceta. ¿Qué va a escribir en su artículo si usted no dice unas palabras para presentar el libro?

Alicia se dispone a salir, pero Carlos la detiene y le entrega la garrafa.

Carlos – ¿Puede dejar esto en la cocina de paso?

Alicia – Tiene razón. Así habrá más sitio.

Ella recoge la garrafa y sale. Carlos parece inquieto. Se pone a ensayar su discurso en voz baja. Está tan concentrado que no advierte la entrada de Paula, una clienta atractiva de unos treinta años.

Carlos *(en voz alta)* – Queridos amigos, buenos días… No, eso parece el comienzo de un programa de televisión… Queridos amigos, ante todo quiero darles las gracias por haber venido en tan gran número…

Paula lo observa mientras habla solo, un tanto preocupada. Carlos acaba por volverse y se sobresalta al verla.

Carlos – Perdone, estaba ensayando mi discurso… Pero no se preocupe, intentaré no alargarme.

Paula – Ah, sí…

La cliente echa un vistazo por la tienda, aparentemente buscando algo.

Carlos *(señalando la pila de libros)* – Aquí están los libros.

Paula – Muy bien.

Carlos – Soy el autor.

Paula – Perfecto…

Carlos – ¿Quiere que le dedique uno? Sería mi primera vez…

Paula – Es decir, que…

Carlos – Ha venido a la firma, ¿verdad?

Paula – Eh… No, busco un cartucho de tinta para la impresora. *(Le muestra un papel.)* Apunté aquí la referencia. ¿Tiene alguno?

Carlos – Ah… Para eso tendrá que esperar a que vuelva la librera…

Paula – Perdón… Pensé que… En ese caso, será mejor que vuelva más tarde…

Carlos – No tardará… ¿Le ofrezco algo mientras espera? Con tal de que me prometa que no va a fumar después…

Paula – Gracias, pero mi peluquera me dijo que podía atenderme en cinco minutos…

Carlos – Cuidado con los cinco minutos de una peluquera.

Paula – ¿Perdón?

Carlos – Le dicen que serán cinco minutos y usted termina esperando dos horas… En las peluquerías el tiempo pasa más despacio. Está científicamente demostrado.

Paula – Ah, sí…

Carlos – Créame, llevo treinta años viviendo con una peluquera y tengo la impresión de que han sido siglos…

Paula *(un poco avergonzada)* – Muy bien… ¡Hasta luego entonces!

Ella sale.

Carlos – Pues yo también voy a arreglarme un poco el pelo…

Él sale. Entran Federica, la hija de Carlos, y Vicente, su yerno.

Vicente – Mierda, creo que somos los primeros, ¿eh?

Federica – ¿Tú crees?

Vicente – Pues no sé… Como somos los únicos…

Federica – ¿Hay alguien?

Vicente – ¡No hables tan alto! Bien ves que no hay nadie…

Federica – Es para avisar de que hemos llegado. Es lo que se hace, ¿no?

Vicente – En estos casos, también podríamos largarnos y volver cuando haya un poco más de gente. Te dije que no había que llegar tan temprano.

Federica – Es mi padre, después de todo… Para una vez que hace algo…

Vicente – Mejor que hubiera organizado una barbacoa, como todo el mundo… ¿Has visto qué pinta tiene el bufé?

Federica – No venimos a comer…

La mirada de Vicente se dirige hacia la pila de libros.

Vicente – De hecho, me pregunto para qué hemos venido. ¿Lo has leído?

Federica – ¿Qué?

Vicente – ¡Su libro!

Federica – Ah… Eh… No, aún no… Acaba de publicarlo, ¿no?

Vicente – Al menos no tendremos que decirle qué nos ha parecido. *(Se acerca a la pila de libros y lee el título.)* «Mi parte de sombra»… Joder…

Federica – ¿Qué?

Vicente – Vaya título más ridículo…

Federica – Es cierto que no da muchas ganas de leerlo…

Vicente – A menos que ya estés completamente deprimido.

Federica – No tiene pinta de ser uno de esos éxitos del verano que te llevas a la playa para olvidarte de los problemas.

Vicente – ¿Y tú tienes problemas? *(Ella no responde.)* ¿Sabes que yo también escribía de pequeño?

Federica – Ah, ¿sí? ¿Y qué escribías?

Vicente – Cosas diferentes… Poemas, por ejemplo…

Federica – ¿Escribías poemas? ¿Tú?

Vicente – Sí, bueno, fue hace mucho tiempo…

Federica – En cualquier caso, nunca me escribiste poemas a mí…

Vicente – Sí, bueno… Pronto comprendí que escribiendo no iba a llegar muy lejos en la vida…

Federica – Está claro…

Vicente – Seguro que nos ponen un espumoso de garrafón…

Federica – ¿Tú crees? A mí el vino con burbujas me da gases…

Vicente – Nos largamos, te digo… Además, tengo algunas llamadas que hacer mientras tanto…

Federica – ¿No vamos a dejar la tienda así?

Vicente – ¿Cómo así?

Federica – ¡Sin vigilancia! Cualquiera podría entrar, servirse y largarse sin pagar…

Vicente – ¿Quién va a robar libros? Sobre todo el de tu padre…

Federica – No lo sé… Gente a la que le gusta leer…

Vicente – ¿Alguna vez has oído hablar de un atraco en una librería?

Federica – No…

Vicente – Volveremos en media hora, te digo.

Federica – Bueno, de acuerdo.

Están a punto de salir cuando Carlos regresa.

Carlos – ¡Ah, Federica, cariño!

Vicente *(en voz baja, a Federica)* – Mierda…

Federica – Hola, papá…

Él besa a su hija antes de estrechar la mano de su yerno.

Carlos – Buenos días, Vicente.

Vicente – Hola, Carlos. ¿Qué tal? Por fin ha llegado el gran día, ¿eh?

Carlos parece un poco tenso.

Federica – Podrías haberte puesto una corbata… Con esa camisa blanca y el cuello abierto…

Vicente – Y esa cara de entierro.

Federica – Parece que te van a ahorcar…

Carlos – Es la impresión que tengo, créeme… Aunque con este aire informal pretendía parecer un escritor genial. Que no lo soy, por supuesto… Gracias por venir. Creo que sois los primeros…

Federica – Sí, eso me decía Vicente precisamente…

Vicente – No queríamos perdérnoslo, claro. Aprovechamos para hojear tu libro… Parece interesante…

Federica – El título, desde luego, llama la atención…

Vicente – ¿De qué trata exactamente?

Carlos – Oh… De hecho, es la historia de…

Federica – ¿Mamá no está aquí?

Carlos – Está cerrando el salón y vendrá.

Vicente hojea el libro.

Vicente – ¡Ciento veintidós páginas! Vaya, tampoco te has matado trabajando…

Carlos – Para ser mi primera novela… No quería abusar de la paciencia de mis posibles lectores…

Federica – ¡Haces bien! A mí los libros muy largos siempre me dan miedo: me quedo dormida antes de llegar al final… Un libro finito como este, con la letra grande, seguro que se vende bien…

Vicente – Si no es muy caro… ¿Y cuántos ejemplares has impreso?

Carlos – Hemos hecho una primera tirada de trescientos ejemplares.

Vicente – ¿Solo eso? Hay que ser más ambicioso, hombre. ¡Tienes que confiar en ti mismo!

Alicia vuelve sin el moño, vestida de forma mucho más favorecedora.

Alicia – Eso es lo que siempre le digo…

Carlos muestra su sorpresa al verla así transformada.

Carlos – Os presento a Alicia. Una librera de las de antes…

Alicia – ¿Quiere decir que soy una especie en peligro de extinción? Por desgracia, tiene razón…

Carlos – Si Alicia no me hubiera animado desde el principio, jamás me habría atrevido a publicar esta novela… Alicia, le presento a mi hija Federica y a su marido Vicente.

Alicia – Tu padre tiene mucho talento… ¿Tú también eres artista?

Federica – No, trabajo con mi esposo.

Vicente – Dirijo una empresa de carpintería industrial. Fabricamos puertas y ventanas.

Alicia – Pues nuestros oficios no son tan distintos. Los libros también son puertas y ventanas abiertas al mundo…

Vicente – Las mías son de PVC.

Alicia – La competencia de internet ha puesto muy difícil la vida a las librerías de barrio.

Vicente – Hay que adaptarse a los tiempos. Si no, acabas desapareciendo, como los dinosaurios.

Carlos – Aunque los dinosaurios solo desaparecieron después de dominar el mundo durante 160 millones de años…

Alicia – Como tengamos que cerrar, aquí pondrán un banco, una inmobiliaria o una lavandería…

Carlos – O una sucursal de un grupo de carpintería industrial.

Vicente – El libro en papel es como la ventana de madera: una batalla perdida. Tendríais que pasaros a lo digital.

Alicia – O cambiar de profesión… En fin, a ver si esta sesión de firmas trae algún lector a esta vieja librería.

Federica – Los jóvenes ya no leen… Siempre se lo digo a Kevin. ¡Yo, a los quince años, ya había leído todos los cómics de Astérix!

Vicente – De hecho, no ha llegado más allá de las novelas de Harry Potter…

Federica – También es verdad que entonces no teníamos internet.

Alicia – Voy a servirles algo… ¿Les apetece una copa de sidra?

Federica – Con gusto…

Alicia se acerca al bufé para hacer el servicio.

Vicente – Oye, Carlos, no sabía que eras escritor. ¿Te ha dado por escribir ahora?

Carlos – No, es una pasión de juventud. Incluso envié manuscritos a las grandes editoriales. Pero ninguna quiso publicarlos…

Federica – ¡Ah, sí!

Vicente – ¿Qué te respondieron?

Alicia – «No encaja en nuestra línea editorial». Es la respuesta de siempre.

Carlos – Por lo visto, lo que escribo no encaja en ninguna de las líneas editoriales conocidas… Así que, gracias a la amistosa insistencia de mi librera favorita, decidí publicar mi primera novela por mi cuenta. Como autor independiente…

Vicente – Ah, entiendo…

Federica – Ahora que estás prejubilado, podrás escribir más.

Vicente – ¿Prejubilado? ¡A tu edad! Y luego nos preguntamos por qué las cuentas públicas están en números rojos… A veces me gustaría haber trabajado en Correos.

Alicia – Para un antiguo cartero, hacerse novelista es una manera de seguir siendo un hombre de letras…

Federica – ¿Un hombre de letras?

Vicente – Vamos, Federica… Un cartero, un hombre de letras…

Federica – Ah, sí… Por supuesto…

Vicente – ¿Sabías que yo también escribía cuando era niño?

Margarita vuelve acompañada de Jaime, concejal del Ayuntamiento.

Carlos – ¡Ahí está tu madre!

Margarita – Buenos días, Vicente… *(A Federica)* Buenos días, cariño… ¿Ya estáis aquí?

Federica – Sí, llegamos los primeros…

Margarita – Carlos, conoces a Jaime, el concejal…

Carlos – Un honor, Jaime. No sabía que te encargabas de Cultura…

Jaime – El concejal de Cultura no ha podido venir, por desgracia, y me ha tocado sustituirlo.

Alicia – Ah, sí… ¿Y te encargas de…?

Jaime – De Limpieza Viaria.

Federica – ¿Limpieza Viaria?

Jaime – La recogida de basuras, el reciclaje… Todo eso.

Carlos – Ya veo… Pues me honra todavía más tu presencia, Jaime.

Jaime – En todo caso, tienes una esposa encantadora. Y siempre tan bien peinada…

Carlos – Mi primera dedicatoria será para ti, Margarita. ¿Qué pongo?

Alicia – ¿A mi musa?

Momento de vacilación.

Carlos – Pondré «A mi mujer»…

Firma un ejemplar del libro y se lo entrega a Margarita.

Margarita – Gracias… Así podré leerlo…

Carlos – Sí… ¿Por qué no?

Jaime echa un vistazo a la portada del libro.

Jaime – «Mi parte de sombra»… Un título muy sugerente… ¿Y de qué va?

Carlos – Pues…

Es interrumpido por el regreso de Kevin.

Federica – ¡Ahí está Kevin! Ya no sabemos qué hacer con él. Acabamos de enterarnos de que va a repetir curso, fíjate…

Carlos – ¿Otra vez…?

Alicia – ¿Y en qué curso está?

Federica – En cuarto de Secundaria…

Jaime – ¿A su edad?

Vicente – Se creerá que en el instituto pasa como en Correos: que se asciende por antigüedad…

Federica – Se pasa el día inventando aplicaciones para móviles… Se pensará que con eso va a hacerse rico…

Kevin – Alguno ya lo ha conseguido…

Vicente – Venga, Kevin, deja de soñar.

Carlos – ¿Qué aplicación es esa?

Kevin – ¿Sabes qué es la numerología?

Alicia – Vagamente.

Kevin – Es muy sencillo, ya veréis… *(A Carlos.)* Dame el móvil, abuelo, que te instalo la aplicación…

Carlos le entrega su teléfono móvil a regañadientes, y Kevin pulsa en el teclado.

Kevin – Funciona así: le pides el número a una chica. O a un chico, que también sirve. Lo introduces en el móvil y la aplicación calcula el grado de compatibilidad amorosa entre los dos.

Alicia – ¿El grado de compatibilidad amorosa?

Carlos – Nunca le había oído utilizar palabras tan rebuscadas…

Kevin – En resumen: te dice si tienes posibilidades de ligar.

Alicia – ¿Según los números de teléfono?

Carlos – Ah, sí, de hecho, es muy simple. Pero no sabía que eras especialista en numerología.

Kevin – He programado la aplicación yo solo. Suma todos los dígitos de tu número de teléfono y los de la otra persona. Si las dos sumas coinciden, ¡bingo!, flechazo asegurado. Si no, cuanto menor sea la diferencia, más posibilidades tienes de pillar cacho…

Carlos – ¿Pillar cacho?

Alicia – Vamos, Carlos, que quiere decir tener algo más que una cita…

Jaime – Claro, solo había que pensarlo.

Kevin – Claro, hay que creer en la numerología…

Vicente – Numerología… Y tú suspendiendo Matemáticas.

Federica – Como no sirva para estudiar, acabaremos mandándolo a una escuela de hostelería…

Alicia – ¡Por favor, sírvanse! El bufé está aquí…

Todos se acercan al bufé. Jaime aprovecha para tocarle disimuladamente el trasero a Margarita.

Margarita *(en voz baja)* – Jaime, por favor, aquí no…

Vicente – Carlos, ¿te tomas algo? Eres el héroe del día, ¿no?

Carlos – Sí, voy enseguida… *(A Kevin.)* Ahora que lo pienso, no había reparado en que tu padre me tutea…

Kevin – Yo tampoco.

Carlos – No sé si me gusta. El hecho de acostarse con mi hija no le da derecho a tomarse tantas confianzas conmigo.

Kevin – ¿Hablas de mi madre, verdad?

Carlos – No sé de dónde ha salido este. Aunque la culpa es mía: nunca debí dejar que tu abuela se ocupara de su educación.

Kevin – ¿Sabes que puse tu libro en Amazon?

Carlos – ¡Amazon! ¡No pronuncies ese nombre aquí, desgraciado! No se habla de la soga en casa del ahorcado…

Kevin – ¿Por qué?

Carlos – ¡Amazon está acabando con las pequeñas librerías de barrio!

Kevin – Ya, pero los libros en papel están pasados de moda… ¡Y hoy, si no triunfas en las redes sociales, no eres nadie!

Carlos – ¿Lo has leído?

Kevin – ¿Qué?

Carlos – ¡Mi libro! Antes de ponerlo en internet…

Kevin – Todavía no… Pero, como me mandaste el archivo, preparé un libro electrónico y lo subí a Amazon.

Carlos – ¿A la venta? *(Con ironía.)* ¿Y qué tal se vende?

Kevin – Todavía no he tenido tiempo de revisar las estadísticas…

Carlos *(suspirando)* – En fin… Tienes razón, Kevin. ¿Sabes qué decía Einstein? «Un hombre que ya no es capaz de asombrarse ha dejado de vivir». Para mí ya es tarde. Pero tú… Si a tu edad dejaras de soñar…

Kevin – Acabas de publicar tu primera novela… ¡Y casi tienes setenta tacos!

Carlos – Sesenta, Kevin… Setenta tenía tu otro abuelo. El que murió de viejo hace tres meses, ¿te acuerdas?

Alicia vuelve.

Alicia – ¿Qué son esos cuchicheos?

Carlos *(incómodo)* – Hablábamos de su aplicación para móviles… Es una ocurrencia divertida, ¿no?

Kevin – Voy a tomar una copa de champán, ¿vale?

Carlos – Ya verás, del bueno… Dom Pérignon… Pero con moderación, ¿eh? Que es fuerte…

Kevin se aleja hacia el bufé.

Alicia – Y a mí, ¿no me va a dedicar un ejemplar?

Carlos – Claro… Esta novela es un poco como un hijo de los dos, ¿no?

Carlos garabatea una dedicatoria en un libro. Alicia la lee.

Alicia – Qué detalle… Me ha emocionado.

Un instante de emoción y cierta incomodidad entre los dos. Llega Flora, la periodista de La Gaceta, con una cámara colgada al cuello.

Alicia – ¡Ahí está Flora!

Carlos – ¿Flora?

Alicia – La periodista de La Gaceta…

Flora – Espero no llegar demasiado tarde.

Alicia – ¡Para nada! ¿Quieres tomar algo? Tenemos sidra…

Flora – De momento, no, gracias…

Carlos – Gracias por venir. Me imagino que este reportaje sobre mi primera novela no te dará el Pulitzer…

Flora – Depende…

Carlos – ¿Ah sí? ¿Y de qué?

Flora – De si con esta primera novela te llevas el Nobel…

Alicia parece deseosa de interrumpir esta amable conversación.

Alicia – Carlos, quizá sea el momento de decir unas palabras…

Carlos – ¿En serio? Pero aún no ha llegado todo el mundo, ¿no?

Alicia – Ya ha llegado la prensa, que es lo importante. No hagamos esperar a la señora…

Flora – Sobre todo porque no puedo quedarme mucho. Aún tengo que cubrir la cena anual del club de baile de los jubilados y la inauguración de una rotonda.

Carlos – En ese caso…

Llega Alan, un modesto oficinista con un traje algo estrecho y la corbata demasiado apretada.

Alan – Perdona, Carlos… Llego un poco tarde…

Carlos – ¡Ah, Alan! Solo faltabas tú…

Alan – No me iba a perder esto, ya te lo imaginarás.

Carlos – Os presento a Alan, un antiguo compañero de Correos que no ha tenido, como yo, la suerte de que lo despidan…

Alicia – Encantada, Alan…

Carlos – Llegas justo a tiempo… Casi te pierdes mi discurso…

Alan – He aprovechado la pausa para comer.

Carlos – La pausa del almuerzo es para un oficinista lo que el paseo por el patio es para un preso.

Alan – No estás equivocado.

Carlos – Por eso celebro que me concedieran la libertad anticipada…

Alan – ¿Sabes que todo ha empeorado desde que te fuiste? Ahora Correos también vende productos financieros…

Alicia golpea una copa con una cucharilla para pedir silencio.

Carlos – Perdona un momento, tengo que decir unas palabras a la prensa…

Kevin recibe un mensaje de texto y se aleja un poco.

Kevin – Disculpen…

Carlos – Queridos amigos, primero quiero…

Kevin *(en voz alta)* – ¡Google quiere comprarme mi aplicación!

Carlos se ve interrumpido en su discurso.

Vicente – ¿Qué?

Kevin – ¡Mi aplicación de numerología! ¡Me acaba de escribir el director de Google!

Asombro general.

Federica – ¿El CEO de Google?

Vicente – Pero, cuando dices comprar… ¿Se puede ganar tanto dinero vendiendo una aplicación de móvil?

Jaime – Hace poco oí una historia parecida. Un chico de diecisiete años vendió una aplicación a Facebook por treinta millones de dólares.

Vicente – ¡30 millones!

Federica – ¡Más que si le tocara la lotería!

Sus padres lo miran con nuevos ojos.

Vicente – Estaba seguro de que mi hijo era un genio desconocido…

Federica – ¿Recuerdas cuando repitió en primaria?

Vicente – Le hicieron una prueba para saber si era superdotado.

Federica – Nos preguntábamos si eso no explicaba por qué iba tan mal en la escuela.

Vicente – O si era simplemente un zoquete.

Federica – Y la prueba no reveló ni rastro de genialidad.

Jaime – Esas pruebas también se equivocan…

Kevin – Me ofrecen 10 millones.

Federica – ¿De euros?

Kevin – De dólares.

Federica – ¿Y eso cuántos euros son?

Jaime – Algo menos, creo…

Vicente – Les diremos que no es suficiente…

Federica – ¿Crees?

Vicente – Si quieres, puedo negociar por ti. Pero que esperen un poco… ¡Ah! Podrías invertir el dinero en la empresa de tu padre, para que te rinda…

Kevin – Sí, veremos…

Vicente – Las nuevas tecnologías están muy bien para pegar el pelotazo… Pero, si quieres invertir con seguridad, la carpintería industrial es un valor sólido.

Kevin – Sí, hay que ver…

Federica – Además, solo tienes diecisiete años… Todavía no puedes administrar tanto dinero tú solo…

Kevin – Cumpliré 18 años en un mes…

Vicente – Pero soy tu padre, después de todo…

Jaime – ¿Pero quién firma ese mensaje?

Kevin mira su pantalla.

Kevin – Steve Jobs…

Alan – Steve Jobs, ¿es el CEO de Google?

Jaime – Steve Jobs es de Apple, ¿no?

Alan – Sí… Y, sobre todo, lleva muerto unos cuantos años…

Jaime – Igual ha montado una empresa desde el más allá…

Kevin mira de nuevo su pantalla.

Kevin – ¡Joder! Es el número de Karim, un amigo mío. Me ha gastado una broma…

Decepción de los padres.

Federica – Te dijimos que no soñaras, Kevin…

Vicente – Un genio, claro… Lo mandaremos a la Escuela de Hostelería, sí…

Carlos – Bueno, creo que mi pequeño discurso tendrá que esperar… Mejor pasamos directamente al bufé…

Alicia le tiende una copa de champán a Alan.

Alicia – Tome, Alan, beba algo.

Alan – Gracias.

Flora – ¿Usted también es cartero?

Alan – Ya no, por desgracia. Si siguiera repartiendo cartas, al menos estaría al aire libre y sentiría que sirvo para algo. Ahora soy asesor financiero…

Alicia – Ah, sí…

Alan – ¡Asesor! Como si estuviéramos ahí para aconsejar a los clientes… Cuando en realidad nos pasamos el día quitándoles sus ahorros con productos financieros tóxicos…

Alicia – Y usted, Carlos, ¿no echa de menos el trabajo de cartero?

Carlos – Un poco, sí. El contacto con la gente durante el reparto. Llevar buenas y malas noticias… Un cartero es como una paloma mensajera.

Alan – Antes, quizá… Ahora los que acabamos desplumados somos nosotros…

Alicia – Por desgracia, las cartas escritas a mano ya casi han desaparecido. Hoy, seguramente Cervantes mandaría mensajes por el móvil…

Alan – Correos se ha convertido en otro banco. Yo entré a trabajar en un servicio público y ahora tengo que endosar créditos al consumo a gente que ya está endeudada.

Carlos – Vamos, no todo en la vida es trabajo… ¿Sigues jugando a la petanca?

Alan – Estoy fatal, Carlos… Con las bolas por los suelos…

Flora toma una foto de Carlos antes de dirigirse a él.

Flora – ¿Puedo hacerte unas preguntas para el periódico? Ya que no has querido deleitarnos con tu discurso…

Carlos – Claro… *(A Alan)* Disculpa, vuelvo enseguida…

Alan parece completamente deprimido. Se dirige a Vicente.

Alan – ¿Alguna vez has pensado en suicidarte?

El teléfono de Vicente suena.

Vicente *(a Alan)* – Perdona un momento, ahora vuelvo contigo… *(Al teléfono.)* ¿Sí? No, no me molesta. Precisamente quería hablar con usted de ese pequeño descubierto…

Sale de la habitación para contestar.

Alicia – Voy a buscar algunas botellas…

Jaime – ¿Puedo ayudarte con el servicio?

Alicia – ¿Por qué no?

Alicia y Jaime salen.

Flora – Eres el único escritor que tenemos en este pueblo…

Carlos – Me lo imagino, de lo contrario seguramente habrías elegido entrevistar a otro…

Flora – Entonces, Carlos, ¿de qué trata este libro?

Carlos – Voy a dedicarte un ejemplar, así podrás leerlo antes de escribir tu artículo…

Flora – Muy amable, pero preferiría que me hicieras un resumen. El artículo sale mañana a primera hora…

Carlos – Ya veo… Bueno, digamos que… En cierto modo es autobiográfico…

Flora – «Mi parte de sombra»…

Carlos – Hay que entenderlo en sentido figurado, obviamente…

Flora – Ya veo…

Carlos – ¿En serio?

Flora – Todos tenemos nuestra parte de sombra, supongo…

Carlos – ¿Cuál es la tuya, Flora?

Flora – Maté a mis padres y los tengo embalsamados en el desván desde hace diez años. Algún día escribiré una novela sobre ello. Pero hoy estamos aquí para hablar de ti, ¿no?

Carlos – Yo mi parte de sombra prefiero tenerla bajo una sombrilla… No soporto el sol directo.

Flora – Es bastante paradójico… Todos los autores buscan cierto reconocimiento, supongo…

Carlos – Ese es precisamente el tema de mi novela.

Alan se acerca a Kevin.

Alan – ¿Ya has trabajado, muchacho?

Kevin – No…

Alan – Ya verás: cuando te dan un número de la Seguridad Social para tu primer trabajo, te condenan a cadena perpetua.

Kevin parece un poco desconcertado. Pero su teléfono suena y contesta.

Kevin – Sí, Karim… Eres realmente tonto, ¿verdad?

Se aleja para continuar la conversación. Alan abandona la habitación. Vicente regresa, aparentemente preocupado.

Carlos – ¿Un problema?

Vicente – Solo un pequeño bache de liquidez. Pero ¿sabes qué? Creo que voy a venderles la mitad de la empresa a unos inversores chinos. Así tendré nuevas posibilidades de expansión. Y tú deberías haber lanzado tu libro en China. ¡Imagínate, cientos de millones de lectores potenciales! Los chinos son el futuro, créeme…

Carlos – De joven nos imaginábamos a los chinos conquistando el mundo. Ahora son los turistas que recorren nuestras calles cargados de bolsas de marcas de lujo. Al final, uno ya no sabe quién ganó la Guerra Fría…

Alicia vuelve un tanto despeinada y nerviosa, seguida de Jaime, que parece muy satisfecho.

Alicia – Bueno, basta ya, por favor…

Jaime – Podemos reírnos un poco, ¿no?

Alicia se refugia junto a Carlos. Margarita lanza una mirada desconfiada en dirección a Jaime.

Margarita – ¿Qué estabas haciendo en la cocina?

Jaime – Solo estaba echándole una mano…

Margarita – Ya… Una mano…

Carlos – ¿Todo bien, Alicia?

Alicia – Sí, sí, todo bien…

Llega Catalina, una mujer elegante.

Catalina – Hola, Carlos.

Carlos – ¡Catalina!

Le da un beso. Catalina se vuelve hacia Alicia.

Carlos – Es mi hermana.

Alicia – ¿Su hermana…?

Carlos – Sí… La hija de mis padres, para que nos entendamos…

Alicia – Encantada, señora… No sabía que Carlos tenía una hermana…

Catalina – Es que he pasado los últimos años encerrada en un convento.

Alicia – ¿En serio…?

Catalina – No, mujer, estoy bromeando… En realidad acabo de salir de la cárcel…

Alicia – Ah… Muy bien…

Carlos – Está de broma otra vez, por supuesto…

Catalina – Bueno, hermanito, tengo muchas ganas de leer tu libro…

Carlos – Es mi primera novela… Me siento como si me estuviera desnudando delante de todo el mundo.

Catalina – Soy tu hermana, ya te he visto desnudo. *(A Alicia.)* Hace mucho, no se preocupe.

Carlos – Y tú, ¿cómo estás?

Catalina – Me encantaría decirte que mi vida es apasionante, pero te quiero demasiado para mentirte. Y, a diferencia de ti, no puedo inventarme otra vida refugiándome en la literatura.

Carlos – Mi talento es limitado. No me invento otra vida; me conformo con reírme de la que tengo en mis libros. Así se me hace un poco más llevadera.

Entra Gerardo, elegante, de aspecto algo misterioso. Lleva una maleta.

Alicia – Y él, ¿quién es?

Carlos – Ni idea. Al fin y al cabo, una firma de libros es como una función de teatro: siempre puede colarse entre el público alguien que el autor no conoce…

Alicia – ¿Qué puede haber en esa maleta?

Carlos – Puede preguntarle usted misma…

Alicia se acerca a Gerardo.

Alicia *(a Gerardo)* – Buenas tardes. ¿Le ofrezco una copa?

Gerardo – ¿Por qué no?

Alicia – ¿Quiere que le guarde el abrigo?

Él le tiende su abrigo, y ella espera a que también le dé su maleta.

Gerardo – Gracias, pero prefiero quedarme con la maleta.

Alicia – Vuelvo enseguida…

Alicia va a dejar el abrigo entre bastidores.

Catalina – ¿Has venido a la firma?

Gerardo – Parece que os sorprende.

Catalina – No, no, para nada…

Gerardo – En realidad, estoy aquí un poco por casualidad.

Alicia vuelve y le ofrece una copa a Gerardo.

Gerardo – Gracias.

Catalina – ¿Eres amigo de Carlos?

Gerardo toma un sorbo.

Gerardo – Qué champán más curioso… Tiene un regusto a grosella, ¿no?

Alicia – Sí… Tengo un buen proveedor.

Gerardo – Supongo que será de algún pequeño productor de la zona…

Alicia – Más bien de una gasolinera.

Kevin se aproxima.

Kevin – ¿Qué pasa, abuelo? Espera, voy a ver si has conseguido vender un par de ejemplares en Amazon…

Él toca su teléfono. Alan se acerca a Flora.

Alan – Eres periodista, ¿verdad?

Flora – Sí…

Alan – No te imaginas el infierno que estamos viviendo en Correos desde que nos han convertido en asesores financieros…

Kevin – ¡No es cierto!

Carlos – ¿Qué pasa ahora?

Kevin – ¡Dos mil setecientos ejemplares!

Carlos – ¿Qué significa eso?

Kevin – ¡Que lo estás petando! ¡Pero de verdad!

Carlos – ¿Es otra broma, es eso?

Kevin – ¡No es broma! ¡Mira! *(Le enseña la pantalla.)* ¡Has vendido 2.700 ejemplares! Te has hecho famoso, abuelo… Bueno, con un seudónimo…

Jaime – Tampoco exageremos… *(Preocupado.)* ¿Qué seudónimo?

Kevin – Gonzalo de Casteladrón…

Carlos – ¿Gonzalo de Casteladrón?

Kevin – Me sonaba a nombre de escritor… «Mi parte de sombra», de Gonzalo de Casteladrón… ¿Qué te parece?

Carlos – Ah, sí, es…

Alicia – ¿Así que se ha pasado al enemigo? ¿Ha puesto su novela a la venta en Amazon?

Carlos – ¡No fui yo, fue mi nieto! Ni siquiera sabía que…

Federica – ¿2.700 ejemplares? Debes haber ganado una pequeña fortuna entonces.

Vicente – ¿A cuánto vende cada ejemplar?

Kevin – A un céntimo. Gratis no me dejaba ponerlo.

Vicente – Ah, entiendo.

Vicente saca una calculadora del bolsillo.

Vicente – A ver… 2.700 ejemplares por 0,01 euro… Veintisiete euros.

Federica – Al menos dará para pagar este magnífico bufé…

Kevin – Puede que sea solo el comienzo…

Alicia – De todos modos, eso significa que tu libro podría interesar a los lectores.

Vicente – Sí… Pero a 1 céntimo el libro…

Kevin – Siempre podemos intentar aumentar el precio.

Federica – Pero ¿se seguiría vendiendo…?

Catalina se encuentra con Gerardo cerca del bufé.

Catalina – ¿También eres un amante de la literatura?

Gerardo – Me gustan los libros, claro. Pero de quien me enamoro es de las lectoras. Sobre todo si son tan encantadoras como tú…

Catalina – Bonita frase para evitar responder.

Gerardo – ¿Cuál era la pregunta?

Sonrisa divertida de Catalina.

Catalina – Creo que la pregunta era algo así: ¿a qué te dedicas y qué llevas de tan valioso en esa maleta que no quieres dejarla con el abrigo?

Gerardo – Déjame conservar un poco de misterio… Mi propia parte de sombra.

Catalina – ¿Eres espía, verdad? ¿O detective privado? ¿Estás investigando un caso de adulterio?

Jaime se entromete en la conversación.

Jaime *(en broma)* – No te habrá enviado mi mujer, ¿verdad?

Silencio incómodo.

Gerardo – Disculpadme un momento.

Gerardo se va. Catalina parece decepcionada.

Jaime – Entonces, ¿eres la hermana del autor?

Catalina – Sí, eso dicen…

Jaime – ¿Y a qué te dedicas?

Catalina – Trabajo en el servicio telefónico de información horaria. Soy la que contesta.

Jaime – Debe de ser apasionante… ¿Y estás casada?

Catalina – Todavía no… Pero, si me caso algún día, te nombraré padrino. Y ahora, con tu permiso, tengo que ir al baño antes de vomitarte encima. *(Se dispone a marcharse.)* No te preocupes, no es por tu aspecto. Creo que me he pasado con ese brebaje…

Se va.

Jaime *(a Carlos)* – Es cierto que tiene un sabor extraño, esta sidra. ¿Qué es exactamente?

Carlos – Es un cóctel cuya receta prefiero mantener en secreto. Pero le he puesto un nombre que da una pista sobre los ingredientes: «Queroseno».

El teléfono fijo de la librería suena. Alicia contesta.

Alicia – Sí… Sí… Sí, por supuesto. Un momento, por favor…

Alan *(a Carlos)* – ¿Tienes un minuto? Me preocupa acabar haciendo alguna locura…

Alicia *(a Carlos)* – Es para ti… Un editor…

Le tiende el auricular.

Carlos *(a Alan)* – Ahora mismo voy contigo…

Carlos toma el teléfono. Alan sale, con aire desesperado.

Carlos – ¿Diga? ¿De verdad? Sí, sí, me halaga mucho… De acuerdo… Me pondré en contacto con ustedes en cuanto lo haya pensado… Gracias…

Cuelga. Catalina regresa acompañada de Gerardo.

Alicia – ¿He oído bien o estaba hablando con una de las editoriales más importantes del país?

Carlos – Ha oído bien.

Alicia – Esto no es otra broma, ¿verdad?

Carlos – Me temo que no.

Alicia – Y entonces…

Carlos – Quieren publicar mi novela…

Alicia – ¡Es maravilloso! Pero ¿cómo…?

Kevin – ¡Por el revuelo que se ha montado en Amazon! *(Mira el móvil.)* ¡Ya llevas 53.000 ejemplares vendidos en unas horas! Parece que las editoriales tradicionales también vigilan las cifras…

Margarita – ¿Mi esposo va a publicar un libro?

Catalina – Ya había publicado uno, ¿no?

Margarita – Sí, pero digo yo… Ahora hasta podría hacerse famoso… ¡Imagínate la cara de mis clientas si saliera en las portadas de las revistas! *(A Flora.)* ¿Crees que mi marido podría salir en una revista del corazón?

Flora – Si gana un premio literario importante, seguro.

Margarita – Parece que no te alegra…

Carlos – Quieren los derechos exclusivos de mi novela y me ofrecen un anticipo por la siguiente…

Federica – ¿Cuánto?

Carlos – Cincuenta.

Vicente – ¿Cincuenta euros?

Carlos – Cincuenta mil.

Alicia – ¿Cincuenta mil euros?

Margarita – ¿Y no dijiste sí de inmediato?

Carlos – Los derechos de una novela no se venden como un coche de segunda mano… Preferiría seguir siendo dueño de mi obra.

Margarita – ¿Tu obra?

Carlos – Además, esa editorial rechazó tres de mis manuscritos en los últimos diez años. Este incluido. Y ahora, solo porque he vendido unos cuantos miles de ejemplares en Amazon…

Alicia – Ahora quieren subirse al carro del éxito…

Margarita – Lo importante es que seas publicado, ¿no? Incluso podrías aparecer en la televisión…

Carlos – Sí… A las tres de la madrugada, quizás…

Alicia – Carlos, debería pensárselo. Es una oferta que podría cambiarle la vida…

Carlos – Precisamente… No sé si quiero tanto jaleo a estas alturas.

Margarita – ¡Pero si hoy la gente mataría por salir en la tele!

Carlos – ¿Para qué cambiar de vida a mi edad? Prefiero estar tranquilo. Que me lean mis amigos, la gente que me conoce y me aprecia de verdad…

Margarita – ¡Pero a tus amigos les importan un comino tus novelas! ¡Cuentas tu vida y ya se la saben!

Vicente – Hay que reconocer que tu vida tampoco tiene mucho interés…

Alicia – Depende de cómo la cuentes…

Margarita – ¡Piénsatelo, Carlos! Al menos podríamos ganar dinero…

Carlos – ¿Podríamos?

Alicia considera apropiado relajar el ambiente.

Alicia – ¿Alguien quiere otra copa? Para celebrar este éxito, aunque por ahora sea virtual…

Margarita – Voy a tomar las riendas de tu carrera. Ya lo verás.

Gerardo *(a Catalina)* – La familia… Es importante, la familia…

Catalina – Mmm…

Gerardo – ¿Y tú?

Catalina – ¿Yo?

Gerardo – ¿Qué haces en la vida?

Catalina – Cuando sepas a qué me dedico, quizá te lleves una decepción… Tienes razón, mejor prolongar el suspense todo lo posible.

Gerardo – Desde luego. Estamos viviendo el mejor momento de nuestro amor: ese instante mágico en el que aún no sabemos nada el uno del otro.

Catalina – Quizá dentro de veinte años, sentados en el sofá viendo la tele, recordemos con nostalgia el tiempo en que aún éramos unos desconocidos.

Gerardo – Y el recuerdo de esa parte de sombra mantendrá viva nuestra relación.

Paula, la cliente, regresa.

Paula – Perdonen que interrumpa. Busco un cartucho de tinta para la impresora. Tengo aquí la referencia.

Alicia – Un momento… Aquí tiene. Son cuarenta y siete euros con cincuenta.

Paula – ¡Vaya, es caro!

Alicia – Y eso que es compatible. ¡El original cuesta más que la impresora!

Paula – Lo necesito para imprimir un libro electrónico.

Alicia – Por ese precio le sale más barato comprar el libro en papel aquí, ¿no?

Paula – Es verdad… De todos modos, gracias.

Se va.

Alicia – Entonces, ¿qué piensa hacer?

Margarita – ¡Pues firmar con esa editorial, naturalmente! ¡Y cobrar esos cincuenta mil euros!

Alicia – Es cierto que también sería bueno para la librería…

Alan vuelve con la garrafa. Nadie le hace caso. Se vierte su contenido por encima de la cabeza. Todos lo miran estupefactos.

Flora – Me parece que acabo de encontrar una exclusiva.

Catalina – ¡Pero hay que detenerlo!

Carlos – Es sidra…

Alan saca un mechero e intenta prenderse fuego, sin conseguirlo.

Flora – ¡Nunca había visto a nadie intentar prenderse fuego con sidra sin alcohol! ¿Lo habéis organizado como reclamo publicitario, para denunciar la desaparición de las librerías de barrio?

Carlos – Anda, ven, Alan…

Carlos lo coge del brazo y se lo lleva. Estupor general.

Alicia – No pasa nada. Solo era un asesor financiero deprimido en busca de sus quince minutos de fama.

Federica – Qué barbaridad… ¡Podría haber provocado un incendio, con tanto papel alrededor!

Vicente – Los libros electrónicos, al menos, son como las ventanas de PVC: no arden.

Gerardo cruza la escena con la maleta en la mano. Jaime, que va distraído, tropieza con él.

Jaime – Oh, perdón…

La maleta se abre y se desparraman fajos de billetes. Estupefacción general.

Gerardo – Disculpen…

Gerardo recoge los billetes sin inmutarse y, ante el silencio de todos, vuelve a guardarlos en la maleta y la cierra.

Flora – Es la primera vez que cubro una firma de libros en una librería de barrio. No imaginaba que fueran tan movidas…

Alicia – Pues hoy está siendo una tarde bastante tranquila… ¿Seguro que no quieres tomar algo?

Flora – Sí, ahora sí…

Alicia le ofrece una copa, que Flora se bebe de un trago.

Flora – Lo sorprendente es que, después de bañarse en eso, no haya salido ardiendo…

Carlos regresa.

Margarita – ¿Y bien?

Carlos – Está bien. Se ha ido a descansar un poco…

Margarita – ¡Hablaba de tu libro!

Carlos – He decidido no firmar.

Gerardo – Una independencia de espíritu que le honra…

Margarita – ¡A usted nadie le ha pedido opinión!

Federica – ¿Estás bromeando, papá?

Carlos – Hace diez años habría aceptado. Pero esto me llega justo cuando ya no lo deseo. Prefiero seguir siendo libre. El sistema no me quiso; ahora soy yo quien no lo quiere a él. Tengo casi sesenta años. Ya no persigo ni el dinero ni la gloria.

Margarita – En cuanto al dinero, habla por ti…

Carlos – No voy a entregar mi libro a esos editores rancios que siempre me despreciaron por no formar parte de su club.

Federica – ¿El club? ¿Qué club?

Vicente – Es una forma de hablar, Federica…

Carlos – Y no quiero que la escritura se convierta en mi trabajo, aunque sea un trabajo bien remunerado.

Margarita – Me decepcionas, Carlos…

Vicente – Nos decepcionas muchísimo…

Federica – Nos has decepcionado a todos desde siempre.

Margarita – ¿Prefieres seguir siendo un fracasado, es eso?

Carlos – Sí, puede que sea eso. Con los años he descubierto que hay cierta grandeza en empeñarse en seguir siendo un fracasado.

Federica – Es un egoísta…

Margarita – ¡Me divorcio, Carlos! Estoy harta de tus aires de grandeza y de tus frases ingeniosas… *(Señalando a Gerardo.)* Y no hace falta que te arruines contratando a un detective privado. ¡Todo el mundo sabe que me acuesto con un concejal!

Federica – ¿Te acuestas con un concejal?

Vicente – ¿Y quién no se acuesta con el concejal de Cultura…?

Flora – Pero si este es el concejal de Limpieza…

Jaime – Estoy sustituyendo al de Cultura…

Kevin – Yo creo que lo moderno es la cultura libre: compartirlo todo…

Carlos – ¡Tienes razón, Kevin! Te contrato de administrador de mi web. Abriremos una página propia y colgaré todas mis novelas para descargarlas gratis. ¡Así hasta los chinos podrán conocer mi parte de sombra! ¿Eh, Vicente?

Vicente – ¡Pero así no ganarás nada!

Carlos – ¡Ganaré la gloria!

Kevin – ¡Vamos a cargarnos el sistema, abuelo!

Flora – Si necesitáis una jefa de prensa…

Gerardo – Este champán tiene cierto regusto a gasolina, ¿me equivoco?

Vicente se acerca a Gerardo.

Vicente – Creo que tiene algunos ahorros que invertir. ¿Le puedo recomendar un buen negocio? El mercado de las ventanas de PVC está en pleno auge en China…

Gerardo – Lo siento, prefiero la madera exótica… ¿Me disculpa un momento? *(Se acerca a Carlos.)* Así que es su primera novela, ¿no?

Carlos – Sí. Supongo que usted tampoco la ha leído.

Gerardo – No, pero me están entrando ganas.

Carlos le entrega un libro.

Carlos – Tome, le regalo un ejemplar si acepta llevárselo sin dedicatoria. Me doy cuenta de que no sirvo para estas cosas…

Gerardo – Muchas gracias… Creía que aquí me encontraría con el concejal de Cultura…

Carlos – Ya, pero parece que en el último momento lo ha sustituido el concejal de Basuras… Disculpe…

Se dirige hacia Alicia. Gerardo sale.

Carlos – ¿Puedo pedirle su número de teléfono?

Alicia – ¿Para qué, si me tiene aquí mismo?

Carlos le tiende su teléfono.

Carlos – Adelante.

Alicia introduce su número en el teléfono de Carlos. Carlos mira la pantalla.

Carlos – ¡Un trece por ciento de compatibilidad…!

Alicia – No parece muy prometedor…

Carlos – ¿Y por qué sigo teniendo ganas de intentarlo?

Alicia – Podríamos compartir el mismo móvil. Así, la suma de las cifras de nuestros números sería exactamente igual…

Sonrisas cómplices. Alan regresa.

Flora – Y bien, ¿qué le llevó a hacer algo tan desesperado? Tal vez saldría un buen artículo para el periódico…

Alan – Se lo voy a contar todo…

El teléfono móvil de Flora suena.

Flora – Perdone un momento… Sí, ya voy… Vale, hasta ahora… *(A Alan.)* Lo siento, ahora mismo no tengo tiempo. ¿Puedo llamarle más tarde?

Flora sale. Paula, la clienta, vuelve a entrar.

Paula – Perdonen, pero el cartucho compatible que me vendieron no funciona en mi impresora…

Alicia – Ya… La compatibilidad no es una ciencia exacta.

Paula – A diferencia de la contabilidad.

Alicia – Vamos a ver eso…

El teléfono móvil de Carlos suena.

Carlos – ¿Diga? Sí… Espere un momento, por favor… *(A Alicia.)* Es un productor que quiere llevar mi novela al cine… *(Al teléfono.)* Le paso con mi agente…

Le pasa el teléfono a Alicia, sorprendida y halagada.

Alicia – Sí… Soy la agente de Gonzalo de Casteladrón… Claro, pero… No le ocultaré que tenemos otra oferta bastante tentadora… De acuerdo… Muy bien, gracias… Hasta pronto… ¡Ofrece el doble que el otro productor!

Kevin – ¿Qué otro productor?

Carlos – Y entonces…

Alicia – Acepté…

Carlos – ¡Vaya aventura…!

Los demás están asombrados.

Alicia – ¡El doble es estupendo!

Carlos – ¿Pero el doble de cuánto?

Paula se acerca a Carlos, pero es interceptada por Jaime.

Jaime – ¿Me permite invitarla a una copa?

Paula – ¿Por qué? ¿Hay que pagar el bufé?

Paula continúa hacia Carlos.

Paula – He oído la conversación… ¿Entonces usted es Gonzalo de Casteladrón? Acabo de descargar su novela en Amazon, porque vi que encabezaba la lista de ventas…

Carlos – ¿La ha leído?

Paula – Todavía no. No soporto leer en una pantalla. Pero no sabía que también estaba editada en papel… De haberlo sabido, no me habría dejado una fortuna en cartuchos de tinta. ¿Me firma un ejemplar?

Carlos – ¡Por supuesto! ¿Cómo se llama?

Paula – Paula.

Carlos coge un libro de la pila, escribe una dedicatoria en la primera página y se lo entrega.

Carlos – Aquí tiene, Paula. Podrá leerlo en la playa…

Paula – Gracias…

Carlos – ¿Le hizo esperar mucho la peluquera?

Paula – Ya sabe cómo son las peluqueras… ¡No paran de hablar! Con todo lo que se oye allí, se podría escribir una novela.

Carlos – Tendría que ir más a menudo, entonces…

Paula – Fíjese, por ejemplo: me han contado que la dueña de la peluquería tiene un amante…

Carlos – ¡No me diga!

Paula – En cualquier caso, ¡enhorabuena por su novela!

Margarita se acerca.

Margarita – Es mi esposo…

Carlos – Era, Margarita… Era tu marido…

Carlos se aparta de Margarita.

Kevin – Soy su representante… ¿Puedo ayudarla?

Federica, la madre de Kevin, parece ofendida.

Paula – ¿Ayudarme?

Kevin – Podría empezar por darme su número de teléfono, por si acaso…

Paula – Ah, sí, claro…

Kevin – La escucho.

Paula coge el móvil de Kevin e introduce un número.

Paula – Aquí lo tienes…

Kevin – ¡Ochenta y cuatro por ciento! ¡Fenomenal!

Paula – Es el número del teléfono de ayuda al menor. ¿Tú ya eres mayor de edad?

Kevin – Bueno… Cumplo dieciocho dentro de un mes…

Paula sonríe divertida.

Gerardo vuelve a entrar.

Catalina – Es una aplicación que ha inventado mi sobrino. Calcula la compatibilidad amorosa comparando los números de teléfono.

Gerardo – No sé si funciona, pero tiene gracia.

Catalina – A fin de cuentas, nadie sabe muy bien de qué depende el amor, así que ¿por qué no de la numerología?

Gerardo – ¿Me darás tu número de móvil?

Catalina – Te vas a reír, pero no tengo…

Intercambio de sonrisas.

Carlos – Entonces, Alicia, ¿feliz?

Alicia – Mucho…

Se nota una creciente complicidad entre Carlos y Alicia. Se acerca Alan, ya recompuesto en su traje y corbata.

Alan – Perdonad, pero se me acaba la pausa para comer y no quiero llegar tarde. Creo que me ha venido bien hablar un poco con todos vosotros…

Alicia – Me alegro, me alegro…

Carlos – A mí también me ha alegrado verte, Alan… Llámame si vuelves a estar de bajón, ¿vale?

Alan – De acuerdo.

Carlos – Por cierto, ni siquiera te he dedicado mi libro…

Carlos coge un libro de la pila, escribe unas palabras en la primera página y se lo entrega a Alan, que lee la dedicatoria.

Alan – A mi amigo Alan… Gracias, es amable…

Alan se va. Carlos ni siquiera se atreve a mirar a Alicia.

Carlos – En fin… No siempre es fácil encontrar unas palabras originales para cada persona…

Catalina *(a Gerardo)* – ¿De verdad eres detective privado?

Gerardo – No.

Catalina – No me hagas esperar mucho más, que puedo cansarme.

Gerardo – Digamos que me dedico a los negocios.

Catalina – Y los negocios parecen ir bastante bien, al parecer.

Gerardo – Cuando uno sabe arriesgarse y tiene imaginación… Por cierto, Kevin todavía no lo sabe, pero voy a comprarle su aplicación.

Catalina – ¿Entonces realmente se convertirá en millonario?

Gerardo – Le daré unos cientos de euros. Eso sí, le ofreceré un puesto de investigación y desarrollo en la empresa tecnológica que acabo de crear en las islas Caimán. La idea es una estupidez, pero por lo menos tiene ideas.

Catalina – Las islas Caimán… Así que esa era tu parte de sombra…

Gerardo – Te advertí que te decepcionarías cuando supieras a qué me dedico…

Catalina – Yo no he dicho que esté decepcionada.

Gerardo – ¿Te gustaría tener un sitio a la sombra, bajo mi sombrilla?

Catalina – ¿En las islas Caimán? Me dan un poco de miedo los cocodrilos viejos…

Gerardo – En mi paraíso fiscal solo hay tiburones. Pero nadie va a las Caimán por sus playas, ¿no? Además, tengo piscina privada… ¿Qué me dices?

Catalina – ¿Por qué no? Después me meteré en un convento… Pero ¿qué te ha traído hoy a esta librería?

Gerardo – El destino, supongo. Y una maleta llena de billetes que tenía que entregar al concejal de Cultura de vuestra encantadora ciudad. Pero parece que no ha podido venir…

Catalina – Algún imprevisto habrá tenido… Ya sabía que te gustaban las artes y las letras. Ahora descubro que también eres un mecenas.

Gerardo – No se lo cuentes a nadie, pero en realidad se trata de una turbia historia de financiación ilegal, fraude fiscal y blanqueo de dinero.

Catalina – Sí, justo lo que estaba diciendo.

Gerardo – Pero aún no me has dicho a qué te dedicas tú.

Catalina – Soy inspectora de delitos económicos. Nos pagan una miseria, ¿sabes? Pero yo también pensaba ofrecerte una temporada a la sombra…

Gerardo – Sabes guardar bien tus secretos.

Catalina – ¿Te pongo las esposas ya o esperamos a salir?

Gerardo – Las esposas son solo el símbolo del amor que nos unirá para siempre, ¿no?

Catalina – Déjame conservar unos minutos más mi parte de misterio…

Salen juntos. Oscuro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
¡Espera, mariposa!
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual. Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Diciembre 2023

ISBN 978-2-38602-115-2

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.